

# Tres desafíos para América latina

*Ricardo Lagos \**

---

Señora Rectora Carolina Scotto, Señor Rector Rafael Velasco, amigos y amigas.

Junto con agradecer esta distinción, quisiera compartir con ustedes algunas ideas respecto de nuestra América Latina hoy.

Me gustaría retomar algo que dijo Carolina Scotto, que tiene relación con cuál es el sentido de “universidad”. Siempre he sido un convencido de que toda sociedad, cualquiera que sea, crea en su interior una institución para pensar la sociedad.

En distintas sociedades, tómese por ejemplo al Egipto de los faraones, era básicamente la clase sacerdotal la encargada de pensar la sociedad. Era allí donde se reflexionaba cómo el faraón iba a recaudar impuestos y era allí donde se intuía que la solución estaba en la proyección de cuánto se expandiría el río Nilo, hasta dónde llegarían las aguas del mismo año a año, y, según adonde llegasen esas aguas, se podría calcular la magnitud del impuesto que se cobraría, conjugando el caudal de agua y la tierra regada, lo que repercutiría en una mayor producción de la cosecha.

---

(\*) Clase magistral, pronunciada por el ex Presidente de la República de Chile, don Ricardo Lagos Escobar, en el Auditorio Diego de Torres, el viernes 15 de junio de 2007, en ocasión de recibir los Doctorados *Honoris Causa*, otorgados por la Universidad Católica de Córdoba y por la Universidad Nacional de Córdoba.

Esa forma de entender la sociedad egipcia es una que nace del sector encargado de pensar la sociedad, pensarla a futuro, en el largo plazo.

En nuestro mundo actual, pensar la sociedad tiene una institución ya de mil años. Desde Padua y Bolonia en Italia, o desde Cambridge y Oxford mucho después. Es decir, a fines del Medioevo surge la universidad como la institución desde la cual se piensa, y para ello a la universidad se la dota de autonomía.

La autonomía es para tener la libertad de pensar. Aun cuando se está en la frontera del conocimiento, esa libertad de pensar puede estar incluso en contra del pensamiento constituido. Y entonces, para asegurarse que no habrá interferencias, surge la autonomía. El que en nuestras universidades reiteremos una y otra vez la palabra "autónoma" tiene que ver con esto, con esa difícil relación que se da entre los que piensan la sociedad y los que están a cargo de ella. Porque si usted piensa la sociedad, inevitablemente —porque eso es propio del ser humano— termina pensando que la sociedad puede ser mejor que la actualmente constituida. Y ese pensar la sociedad termina iniciando algún cambio pequeño o grande para mejorar la sociedad. Entonces, claro, la relación entre los que piensan y el príncipe del Medioevo que actúa, que gobierna, o el primer ministro o el presidente del mundo de hoy, a ratos es una relación tensa, porque uno piensa el futuro y el otro administra el presente. La clave está en cómo administrar pensando el futuro. Esa difícil relación con el príncipe es lo que a veces han requerido universidades con mayor o menor necesidad de autonomía, pero en definitiva todos somos, en una u otra forma, conscientes del poder que tienen las ideas. Y es aquí, en realidad, donde pienso y digo: cuál es el rol de una universidad hoy en América Latina, qué es lo que uno le podría pedir a la universidad en una América Latina, en los inicios de este siglo XXI, que viene arrastrando un tumultuoso siglo XX, en donde en ciertas ocasiones hubo una capacidad de crecer y satisfacer demandas, y una sociedad que, por las características propias de la sociedad moderna y contemporánea, las demandas sociales, a veces, avanzaron más rápido que la capacidad de resolverlas, sea por incapacidad de cómo ordenamos la sociedad, o sea porque las demandas son exacerbadas.

Por ello, cuando he dicho que creo que hay tres grandes ámbitos, que son desafíos que tenemos, creo que es en esos tres ámbitos donde me parece que la universidad tiene tanto que dar y entregar.

El primer ámbito tiene que ver con mercado y construcción de sociedad. Al segundo lo llamaría diversidad cultural y convergencia social. Y el tercero, al estar nuestra América inserta en un mundo cada vez más global, es cómo generamos gobernabilidad en dicho mundo.

El primero tiene que ver, me parece, con un elemento muy central que se relaciona con la evolución de nuestra América. Porque usted podría distinguir un conjunto de etapas muy nítidas, que están en todos nuestros textos. Esta América Latina que crece hacia fuera exportando hasta la Gran Depresión. La Gran Depresión que establece una contracción muy fuerte de nuestra capacidad de seguir creciendo vía la exportación, y todos nuestros principales países crecen hacia adentro, como se decía. Y después aquella etapa entre los años treinta y los sesenta, o más bien entre los treinta y los setenta, en donde ese crecimiento hacia adentro implica grandes cambios y marca los hitos básicos de nuestros procesos industrializadores, pero también, por temporadas, establece una tensión entre la demanda social, por una parte, y lo que significa la capacidad de satisfacerla, por otra. Y es esta incapacidad la que hace surgir un conjunto de gobiernos autoritarios, y son esos gobiernos los que de una u otra manera dan origen o dan paso a toda una experiencia neoliberal. Y el neoliberalismo, creo, llega aquí como una forma de respuesta a la incapacidad del período anterior de satisfacer demandas y de pensar en consecuencia que, a partir de determinados elementos económicos, podemos responder a las demandas de nuestros países. Es ese neoliberalismo que se consolida, según algunos, en lo que denominan el Consenso de Washington, y que no es sino, yo diría, un conjunto de normas, diez normas respecto a lo que ellos entienden por un buen manejo económico.

Pero luego, cuando en la década de los noventa, algunos asalariados de los ochenta, como ustedes, dejan atrás el sistema autoritario y se produce el avance rápido, que vemos en la década de los

noventa, es ahí, en torno a ese consenso, que se establece una suerte de un gran decálogo de buenas prácticas, y entre ese decálogo de buenas prácticas, creo que hay un salto que ha sido tremendamente negativo para nuestros países. Porque ese decálogo de buenas prácticas, usted puede decir que es un decálogo que tiene que ver con abrir mercados, con privatizar ciertos servicios, con que tiene que existir un presupuesto equilibrado, con que tiene que haber una autoridad monetaria autónoma; todos elementos respecto de los cuales se habla de un buen gobierno, de sentido común. Que el presupuesto esté equilibrado es sentido común. Y, en consecuencia, creo que se da un paso, de eso que es el sentido común, respecto de cómo manejar la economía al entender que manejando la economía usted termina manejando y estructurando una sociedad. Y creo que aquí hay un tremendo error de concepto, porque pienso que una economía de mercado funciona y funciona bien... para el mercado; pero pasar de esa economía en que el mercado funciona y funciona bien, y decir: le dejo a esa economía la configuración de una sociedad, es un paso que no está en ningún texto, y que al darlo se comete un tremendo error. ¿Por qué? Porque creo que la sociedad en un sistema democrático es configurada por los ciudadanos. Los ciudadanos son los que piensan la sociedad, eligen sus representantes, señalan prioridades, dicen qué cosas son las que la sociedad está en condiciones de avanzar y entregar, y aquí tendemos a confundir al ciudadano con el consumidor. El consumidor somos todos. Pero consumimos distinto, según el poder de compra que tengamos. El consumidor ordena a la sociedad de acuerdo al mercado, y si esa sociedad va a ser de acuerdo al mercado, va a reproducir las desigualdades propias del mercado y de los consumidores que consumen distinto. Es entonces este tránsito el que me parece a mí un elemento central en el debate de América Latina. A ratos, cuando me preguntan sobre el neoliberalismo, digo: ¿qué es eso?, ¿las normas de un buen desempeño económico? Visto así es normal; pero entender que esas normas sirven para configurar una sociedad es un profundo error.

Y a ratos yo sé que nuestro país es señalado como un buen alumno respecto de la economía, pero yo diría que nuestro país,

cuando recupera la democracia, se transforma en un alumno un tanto revoltoso, porque hace cosas que no están en el Consenso de Washington.

No está en el Consenso de Washington definir políticas sociales de carácter público, que se hacen en un parlamento democrático, a partir de un gobierno elegido democráticamente y que lo que buscan es asegurar que el crecimiento económico que se tiene llegue equitativamente a todos los sectores, desde un punto de vista geográfico o desde un punto de vista social. Y eso no es tarea del mercado, eso es tarea de la política o, si usted quiere, es tarea de la democracia. Y es aquí donde me parece que pasa a ser tan importante el tema de qué es esto de las políticas públicas que implican asegurar que el crecimiento llegue a todos. Lo que quisiera decir aquí es que ésta es un área de investigación muy importante, porque en último término tiene que ver con que estos bienes, al ser definidos por los ciudadanos como servicios, deben estar al alcance de todos.

Tenga usted una sociedad, cualquiera que ella sea, cuando el hombre decide pasar de nómada a sedentario, y decidimos ser sedentarios cuando aprendemos a cultivar la tierra, y a partir del cultivo de la tierra podemos tener los frutos directamente que nosotros cultivamos en la tierra. Y el primer bien público que usted va a pedir es la defensa de ese pedazo de tierra, para que no venga la tribu de al lado y le quite a usted lo que con tanto sacrificio sembró.

¿Pero qué ocurre en nuestras sociedades cuando, a medida que van creciendo, usted entiende que los bienes públicos que tiene derecho a demandar van aumentando? Vale decir, si el bien público —esto es, el bien o el servicio público que la sociedad entiende como tal— debe estar al alcance de todos ellos es algo que se define democráticamente en un país democrático. Y se define porque es un concepto dinámico, y no un concepto estático. Un ejemplo, que ocurrió en todos nuestros países de América, en todos ellos, en los primeros treinta años del siglo XX, es que discutimos si íbamos a tener educación obligatoria, y lo discutíamos dónde: en el Parlamento. A nadie se le ocurrió decir: vaya usted a com-

prar educación por ahí, y el que pueda comprarla que la compre y el que no, no. ¿Y qué dijeron nuestros parlamentos? Bueno, en Chile dijimos: educación, cuatro años; es decir, el legislador entendió que esa sociedad estaba en condiciones de garantizar sólo cuatro años de educación obligatoria para lo que era, en ese momento, el tipo de desarrollo de riqueza en ese país. Y después usted dijo: ocho años; pero pasaron otros cuarenta años para eso. Y hace tres años dijimos: doce años de educación obligatoria. Quiere decir entonces que la sociedad definió que, respecto del sistema educacional, tenemos un bien público que es *dar* educación a todos durante un período de doce años. Otra cosa es educación que usted brinda a través de un sector privado que recibe un subsidio, un sector público que recibe otro subsidio de parte del Estado. Ésa es otra historia. Cómo usted va a proveer ese bien o ese servicio. Y, en consecuencia, lo que aquí quisiera decir es que no es posible pretender tener, creo yo, una sociedad a imagen y semejanza del mercado, porque las sociedades se estructuran a imagen y semejanza de lo que quieren los ciudadanos. Y aquí está entonces esa pequeña diferencia, porque son los ciudadanos los que entran a definir cuáles son los temas que entendemos que deben estar al alcance de todos.

Y esto implica una reivindicación de la Política, con mayúscula, porque en último término es la Política la que va a definir cómo somos capaces de generar estos bienes públicos. Otra cosa es la eficiencia con que lo hacemos, otra cosa es la forma como lo ponemos a disposición de todos. Y, en consecuencia, lo que yo quisiera señalar aquí es que cuando en estos días, por ejemplo, en mi país la gente señala “hemos disminuido la pobreza de 20 % en el año 2000 a 13 % ahora”, esa disminución tiene que ver con políticas públicas, no tiene que ver con “mercado”. ¿Cuánto nos hubiéramos demorado con mercado? No lo sé, pero nos habríamos demorado mucho más, no me cabe ninguna duda. Porque fue preciso llegar a aquellos sectores focalizando el gasto para disminuir nuestra pobreza.

El segundo desafío, y aquí tenemos mucho que trabajar con el sistema universitario, porque aquí hay que comparar y ver cuán eficientes son las políticas, cómo las implementamos, qué caracterís-

ticas tienen, qué demandas tenemos, cómo las escuchamos, cómo enfrentamos los grupos de presión; porque esto se dice fácil, pero se hace muy difícil.

Haga usted políticas públicas en el campo de la salud. En el campo de la salud están organizados los trabajadores, están organizados los médicos, todos están organizados. Los únicos que no están organizados son los pacientes, que se supone son los destinatarios finales. Todavía no he escuchado acerca de una huelga de pacientes para exigir sus derechos. Los ciudadanos la van a hacer desde el punto de vista de los pacientes, de los demandantes. Pero hágala usted, y hoy la realidad implica pasar por grupos; en fin, que están mejor organizados que los pacientes. Y eso usted lo puede observar prácticamente en todos los ámbitos.

Entonces, lo primero que diría es desde qué punto de vista establecemos una relación entre lo que es el mercado, lo que es la sociedad y cómo somos capaces de tener crecimiento y cómo somos capaces de asegurar que ese crecimiento llegue a todos y no a algunos, y cuáles son las políticas públicas o los servicios públicos ubicados en esos ámbitos.

El segundo gran elemento complejo a debatir tiene que ver con el tema de nuestras sociedades, que son tremendamente diversas. Y nuestra diversidad es aquélla de la cual está de moda hablar, como es la diversidad de género, pero nuestra diversidad tiene que ver con etnias muy distintas; y esta diversidad, muchas veces, tiene que ver también con pobreza. Establezca usted una línea divisoria de las etnias en nuestra América Latina y vea el alto grado de coincidencia entre las etnias y la pobreza que tenemos. Y, entonces, ¿por qué señalo acá un tema que pasa a ser tan central? Porque es cierto. La Constitución es el instrumento del cual se dota la sociedad precisamente para procesar las diferencias. La Constitución es el instrumento que todos aceptamos. Ahí están las reglas para procesar diferencias. Pero estas diferencias, estos ámbitos de diversidad de nuestras sociedades pueden ser muy profundos, pero también pueden ser una forma de decir: ¿cómo garantizamos que estas distintas ópticas pasen a ser incorporadas en un concepto de igualdad de oportunidades? Y ahí, en el tema de igualdad de oportuni-

dades, tenemos la percepción que a ratos, en nuestra América Latina, más que igualdad de oportunidades, existe una situación en donde está predeterminado, al momento de nacer, cómo la persona se va a insertar en la sociedad. Y aquí tenemos, hoy día, en una América Latina que va creciendo, que nuestras sociedades son muy distintas a las de comienzos del siglo XX, en donde vamos teniendo un conjunto de países que son países que tienen un ingreso medio, más que un ingreso bajo; y este conjunto de países se asomarán entonces, no me cabe la menor duda, a tener una sociedad organizada en torno a una cierta carta social que nos garantice los derechos básicos y la igualdad de oportunidades a todos. ¿O vamos a entender que, más que una carta social, hay una carta de derechos individuales y estos derechos individuales los queremos asegurar mediante seguros privados?

Y éstos son dos modelos absolutamente distintos. Mire usted a Estados Unidos y verá una sociedad que está mucho más ordenada en torno a seguros privados de salud. Usted se asegura, para cuando su hijo llegue a la universidad, de poder pagarle la carrera. Usted se asegura para su vejez, y debe tener un sistema de seguridad a partir del seguro y su pensión de vejez. O Usted mira a una sociedad más europea con una carta social, en donde lo que se tiene allí es un Estado que garantiza el poder tener y vivir en una sociedad donde hay ausencia del miedo.

El miedo a la enfermedad. Hay un Estado que provee. Allá hay un seguro que provee. El miedo a la ignorancia, ¿cómo garantizo educación a mis hijos? Allá hay un Estado que provee, acá hay seguros que yo contrato. El miedo a la vejez, allá hay un Estado que provee, acá hay un seguro que yo contrato.

Si usted lo piensa, estas sociedades tienen un ordenamiento territorial distinto. En una sociedad a la europea, en el ordenamiento territorial se dan viviendas más bien reducidas y parques públicos muy amplios; en una sociedad como la americana, usted va a tener probablemente viviendas muy amplias con un espacio verde y espacios públicos mucho más pequeños. Por lo tanto, lo que quiero decir aquí es que tengo una percepción de hacia cuál sociedad nos vamos a ir estructurando. Y pida usted un debate sobre segu-



ridad social hoy día, y unos le van a decir “seguros privados” y otros le van a decir “el Estado juega un rol distinto”. Hable usted de reformas de salud, y en reformas de salud usted va a tener el mismo debate. Hable usted de reforma educacional, y no voy a decir aquí lo que esto implica.

Entonces, lo que ocurre es que lo que sí está claro es que nuestras sociedades latinoamericanas están teniendo un crecimiento de su ingreso por habitante. Ustedes, aquí en Argentina, con el crecimiento de los últimos años, ya tienen un crecimiento un 16 % superior al producto que tenían cuando comenzó la crisis del '98-'99. Y por lo tanto hoy hay un crecimiento por habitante mayor que antes. Y todos nuestros países empiezan a tener ese crecimiento. Entonces, cuando digo aquí estamos acercándonos a dos modelos distintos de sociedad, y que algunos se han atrevido a decir que sería la suerte de la nueva guerra fría, de cuál modelo se impone, me parece que eso es llevar las cosas a otro contexto; porque esto, en definitiva, es un debate que tiene mucho que ver con cómo nosotros estructuramos nuestras propias sociedades. Claro, puede ser una mezcla de ambas cosas. Pero sí creo que acá hay un elemento crucial de cómo vamos a ordenar nuestros países, y en donde, en consecuencia, nos empezamos a alejar mucho de lo que suponen estos dogmas neoliberales, pero que tienen que ver con un elemento de cómo se ordena nuestro mundo hoy.

Y hoy aparece también un tercer desafío, que tiene que ver con lo que ocurre en nuestro mundo después de la Segunda Guerra Mundial y, para decirlo en términos mucho más directos, con lo que tiene lugar en los últimos veinte o veinticinco años del siglo pasado, que es la inmediatez de la información a través de la computación, y la inmediatez de lo que implica en la capacidad de comunicación al instante. Eso significa que se cambió la geografía que teníamos del planeta, y ya no hay centros que se desarrollan más rápido y periferias que tienen desarrollos lentos, porque el sentido del “centro” y el sentido de la “periferia” cambiaron. Porque cuando hay que hacer contratos jurídicos en Francfort, esos contratos jurídicos los están haciendo empleados indios en la India. Y, por lo tanto, lo que eran las ventajas de uno o de otro empiezan a hacerse borrosas. Y, por lo tanto, el tercer elemento al

ridad social hoy día, y unos le van a decir “seguros privados” y otros le van a decir “el Estado juega un rol distinto”. Hable usted de reformas de salud, y en reformas de salud usted va a tener el mismo debate. Hable usted de reforma educacional, y no voy a decir aquí lo que esto implica.

Entonces, lo que ocurre es que lo que sí está claro es que nuestras sociedades latinoamericanas están teniendo un crecimiento de su ingreso por habitante. Ustedes, aquí en Argentina, con el crecimiento de los últimos años, ya tienen un crecimiento un 16 % superior al producto que tenían cuando comenzó la crisis del '98-'99. Y por lo tanto hoy hay un crecimiento por habitante mayor que antes. Y todos nuestros países empiezan a tener ese crecimiento. Entonces, cuando digo aquí estamos acercándonos a dos modelos distintos de sociedad, y que algunos se han atrevido a decir que sería la suerte de la nueva guerra fría, de cuál modelo se impone, me parece que eso es llevar las cosas a otro contexto; porque esto, en definitiva, es un debate que tiene mucho que ver con cómo nosotros estructuramos nuestras propias sociedades. Claro, puede ser una mezcla de ambas cosas. Pero sí creo que acá hay un elemento crucial de cómo vamos a ordenar nuestros países, y en donde, en consecuencia, nos empezamos a alejar mucho de lo que suponen estos dogmas neoliberales, pero que tienen que ver con un elemento de cómo se ordena nuestro mundo hoy.

Y hoy aparece también un tercer desafío, que tiene que ver con lo que ocurre en nuestro mundo después de la Segunda Guerra Mundial y, para decirlo en términos mucho más directos, con lo que tiene lugar en los últimos veinte o veinticinco años del siglo pasado, que es la inmediatez de la información a través de la computación, y la inmediatez de lo que implica en la capacidad de comunicación al instante. Eso significa que se cambió la geografía que teníamos del planeta, y ya no hay centros que se desarrollan más rápido y periferias que tienen desarrollos lentos, porque el sentido del “centro” y el sentido de la “periferia” cambiaron. Porque cuando hay que hacer contratos jurídicos en Francfort, esos contratos jurídicos los están haciendo empleados indios en la India. Y, por lo tanto, lo que eran las ventajas de uno o de otro empiezan a hacerse borrosas. Y, por lo tanto, el tercer elemento al

que me quiero referir como “desafío” tiene que ver con el fenómeno de la globalización.

Y el fenómeno de la globalización tiene que ver, entonces, con un avance. Que el ser humano ha sido capaz de avanzar, pero que empieza a generar otro tipo de problemas respecto de los cuales los Estados nacionales, por sí solos, no están en condiciones de dar respuesta. Por ejemplo, cómo mantengo la paz en el mundo, pues ahora podemos pensar que hay una potencia única y militar muy importante, como hace mucho tiempo no se veía. Porque antes había un equilibrio de naciones. Sin embargo, está claro que esa potencia, por sí sola, no puede mantener la paz en el mundo, como estamos viendo al abrir los periódicos hoy día. Pero eso nos plantea entonces un tema más complejo: si va a haber un mundo global, ¿esa globalización va a tener reglas o no va a tener reglas? O, mejor dicho, es que si esa globalización no tiene reglas, las reglas las ponen los más poderosos. Y si las reglas las ponen los más poderosos, ¿qué hacemos los países que tenemos un menor poder? Pero lo que está claro es que a la globalización vamos a llegar, nos guste o no. Como decía Mandela, con una gran claridad, “la globalización es como el invierno, sabemos que va a llegar”. Como sabemos que va a llegar el invierno, mejor tenemos leña, ahorremos energía, o tenemos ropa más gruesa.

Y, por lo tanto, no sacamos nada con decir “abajo la globalización”. Por cierto, decimos “abajo la globalización” usando Internet y mandando un e-mail a todos los lugares del mundo. Pero, claro, aquí tenemos entonces un elemento de desafío de otra envergadura, porque aquí empiezan a surgir los temas o problemas respecto de los cuales no estamos preparados. Porque podemos decir que un bien público global es que queremos preservar la paz, y no sabemos si el Consejo de Seguridad es suficiente. O podemos decir que hay que combatir el terrorismo a escala mundial, y quisiéramos saber cuál es la institución para hacerlo. O descubrimos de repente que parece que hay un cambio climático, y hay un fenómeno de calentamiento global, y lo que sí tenemos todos claro es que si ese fenómeno es producido por el ser humano, más vale que nos pongamos de acuerdo para ver cómo lo resolvemos. Pero ningún país lo va a poder resolver por sí solo, por lo que

habrá que plantearse cómo lo abordamos. Así como a nivel de la sociedad, tal cual hoy la concebimos, en nuestros países hay bienes públicos que queremos que se resuelvan y decimos los resuelven los ciudadanos en un sistema democrático, ¿cuál es el sistema de los bienes públicos globales?, ¿dónde se van a resolver?, ¿quiénes son los entes llamados a resolverlos? Y entonces acá, o somos capaces de dar un paso grande o, simplemente, vamos a ir quedando un poco postergados por aquéllos que sí son capaces de dar pasos grandes.

Si uno empieza a pensar cuáles son los desafíos más profundos, llega a la conclusión que los desafíos más profundos tienen que ver con la forma de creación de conocimiento, porque esa globalización avanza a pasos agigantados como resultado del avance del conocimiento. Y el avance del conocimiento está tremendamente concentrado en el mundo a partir de lo que se destina a ciencia y tecnología dentro de lo que son nuestros ordenamientos societales a nivel económico. ¿Cuánto destinamos a ciencia y tecnología en nuestros países? ¿1 %? Ojalá. ¿1,5 % o 2 %? Eso ni lo soñamos. Pero recuerdo que cuando España quería entrar a la Comunidad Europea les dijeron: o ustedes tienen un 3 % destinado a ciencia y tecnología o no califican para estar en Europa.

Y estamos aprendiendo que, entre otras cosas, cuando discutimos las reglas de la globalización nos aparece entonces el tema de la propiedad intelectual. ¿Y qué propiedad intelectual? ¿Cómo la protege? ¿Cómo no la protege? ¿Cómo lo castigo? Porque usted está robando o hurtando propiedad intelectual. Y haga usted un convenio internacional con otro país, y el tema de la propiedad intelectual va a ser lo primero que le planteen.

Y hemos visto, en la parte dura de un mundo global, que combatir contra el VIH y el sida implica remedios, remedios genéricos o remedios que están protegidos por una propiedad intelectual. ¿Y cuál es la diferencia entre nosotros? ¿Y cuáles son los costos de uno y otro?

O, como decía tiempo atrás en una reunión similar a ésta, un país que se considera exitoso porque estamos exportando muy bien nuestras frutas, pero ahora estamos descubriendo que usted no

exporta fruta. Usted exporta un durazno protegido por una patente, porque esa patente hace que el durazno sea de cuerpo más grande, más chico, más jugoso, menos jugoso, más dulce, menos dulce, más amarillo, más naranja. Y entonces mi pregunta es: ¿cuántos de nuestros países están dedicados a estudiar genéticamente qué tipo de fruta es la que queremos exportar mañana? Lo ideal es que no tengamos que andar comprando una patente afuera, porque si no vamos a terminar siendo tributarios de aquél que generó un conocimiento, y nosotros exportaremos el durazno de acuerdo a la patente que nos vendió. Ése es el punto futuro. Y en ese mundo tenemos desafíos, desde el punto de vista de nuestro sistema universitario, imposibles de predecir. Porque nuestros sistemas universitarios, excúsenme si lo digo así —comienzo por el nuestro en Chile—, son sistemas universitarios muy estancos, en que tenemos sistemas universitarios aquí, y el mundo del sector privado allá, y las empresas acá. Pero esa conectividad no la hay. ¿Cuántas universidades nuestras tienen inscritas sus patentes por los productos que ellos han sido capaces de investigar y crear? En Chile, por lo menos, cuatro o cinco al año, cierto. ¿Cuántas patentes inscriben las universidades estadounidenses al año? ¿O las universidades europeas? Y ahí tenemos un desafío para nuestros sistemas universitarios de cómo se establece esa conexión y, más importante, cómo somos capaces de generar aquello que nos permita colocarnos en un cierto nivel de vanguardia.

Todo ello implica hacer nuestras tareas para el mundo global, lo cual conlleva una segunda parte, que es cómo se ordena ese mundo global, cómo se avanza hacia una cierta gobernabilidad mundial. Claro, tenemos un punto de partida que es Naciones Unidas. Tenemos una realidad que es un Consejo de Seguridad, que alguien dirá: “Señor, pero mire usted, el Consejo de Seguridad está muy anticuado, porque corresponde a lo que era la realidad política post Segunda Guerra Mundial”. De acuerdo, concedido. Veamos cómo lo cambiamos. No es fácil que aquél que tiene derecho a veto decida a partir de ahora renunciar a tal derecho. ¡Eso lo quiero ver! Pero si eso es lo que nosotros decimos, tenemos que ser consecuentes. Y entonces yo quisiera decir que cuando éramos miembros del Consejo de Seguridad, el año 2003, cuando partió el

tema de Irak dijimos: "Dentro del Consejo de Seguridad, todo; fuera del Consejo de Seguridad, nada". Eso es un principio que, a mi juicio, va a quedar consagrado permanentemente después de esa fecha. E, independientemente de las razones que había, cuando diez meses después se planteó un conflicto en Haití, y el Consejo de Seguridad dijo "necesitamos tropas en Haití", enviamos tropas a Haití en 72 horas. Es decir, si la globalización avanza a pasos agigantados y está aquí para quedarse, tenemos que introducir reglas. Esas reglas van a ser dadas por las instituciones multilaterales, y el fortalecimiento de esas instituciones pasa a ser entonces un desafío fundamental para nosotros. ¿Quiénes somos nosotros? Latinoamericanos que creemos en el Estado de Derecho, porque el Estado de Derecho es el que nos permite enfrentar las desigualdades que hoy tenemos.

Pero aquí hay un desafío, desde el punto de vista universitario, que tiene que ver con cómo se investiga para tener más conocimiento, pero también con cómo se va a ordenar una cierta gobernanza mundial. Porque este paso que queremos dar ahora, cuando decimos sí a un bien público, al calentamiento... bueno, hasta pasar de decirlo a implementarlo, es en el fondo generar una nueva soberanía a escala planetaria, en la cual el Estado empieza a perder la suya propia. ¿Porque qué es eso de decir: usted no va a poder emitir más de tantos gases de efecto carbónico porque produce tal cosa, si no una gobernanza mundial que cada país tiene que aceptar?

Con todo, me parece que tenemos un tercer desafío, porque es ese paso de uno a otro donde creo que todavía nos queda un gran camino por recorrer. Y esto lo tenemos cuando hablamos de comercio, y no voy a hablar aquí de las dificultades de cómo se colocan productos agrícolas cuando hay productos de algunos países que se subsidian como se subsidian. Y, por lo tanto, ¿cómo usted es capaz de enfrentar eso?

Y aquí mi última reflexión con ustedes es cómo somos capaces, como América Latina, de plantarnos frente a estos temas con una sola voz si queremos ser oídos. Porque déjenme decirlo: separados, nadie nos va a escuchar en un mundo que crecientemente es

uno de grandes bloques. Europa habla por una sola voz. Discuten tener ahora un ministro de Exteriores y un ministro de Defensa.

Asia empieza a emerger como una gran potencia que va a ir hablando por una sola voz. China juega un rol preponderante en la configuración del Asia en el Pacto de los Países Asiáticos; entre ellos, están avanzando rápidamente, para concordar en determinados temas en este ámbito, y por lo tanto, a la larga, ese sistema de gobernanza mundial creo yo que va a ser el entendimiento de grandes bloques. Y es aquí donde pienso que tenemos tanto que caminar y tanto que hacer y tanto que investigar. Y por lo tanto, al hacer esta distinción que le hacen a uno, de darle un Doctorado Honoris Causa por estas dos universidades, lo que me ha parecido es decir: bueno, ante este nuevo desafío de este mundo global, ¿cómo somos capaces de dar aquellos ordenamientos que nos permitan enfrentar la globalización de una manera concordada entre nosotros? Es cierto, tenemos distintos intereses, dependiendo del tamaño de nuestros países, de las características de nuestras sociedades. Pero hay un conjunto de elementos articuladores comunes que son los capaces de hacerlo. Y es en ese contexto que me parece que tenemos un amplio campo para avanzar. Acá, al iniciar este siglo XXI, creo que tenemos el desafío de cómo ordenamos la relación entre mercado y ciudadanía, que es lo que nos va a permitir dar respuesta adecuada a las demandas de los ciudadanos. Una democracia que consiste sólo en elegir y hacer elecciones y no dando respuestas a las demandas concretas, a la larga no se sustenta a sí misma. Por ello, definir los bienes públicos es una tarea central de una democracia, del ciudadano. Y cómo usted ordena los elementos económicos para estar acorde con esos bienes que, según el ciudadano estima, deben estar al alcance de todos.

Segundo es cómo usted organiza una sociedad en donde tenemos ausencia de temor, porque tiene una organización tal que esos temores básicos, ancestrales del ser humano, están garantidos; pero también hemos organizado una sociedad donde, independiente de la cuna donde nace, usted puede tener un desarrollo, porque hay oportunidades muy similares.

Lo tercero es cómo esa sociedad bien organizada que hace las tareas se va a poder insertar en un mundo con reglas que le permiten desarrollarse. Sí, yo sé. No echemos la culpa a lo que ocurre fuera de nuestras fronteras. Nuestra principal responsabilidad es lo que ocurre al interior de nuestras fronteras. Pero habiendo hecho esas tareas, entonces tenemos derecho a reclamar del mundo global dónde están las reglas por las que nos queremos regir. Porque si hoy hablamos de comercio, no competimos igual en materia agrícola, porque los subsidios de Europa y Estados Unidos tienen determinadas características. O no competimos igual en materia de legislación antidumping, o no competimos igual en materia de compra de bienes públicos, o no competimos igual en materia de propiedad intelectual. Y, por lo tanto, en cada uno de estos ámbitos tenemos todavía un tremendo espacio para poder desarrollarnos mejor. El problema es que para ello tenemos que ser capaces de avanzar de una manera mucho más rápida. Y este desafío, en donde queremos una globalización que tenga reglas, nos obliga a pensar, desde el punto de vista de los organismos multilaterales, de una manera distinta a como hoy lo hacemos. Y aquí, en este pensar distinto, el rol del sistema universitario pasa a ser central.

En suma, estimada amiga Rectora de la Universidad Nacional de Córdoba, amigo Rector de la Universidad Católica de Córdoba, junto con este honor que ustedes me han hecho, que —como lo dije— lo entendía referido más bien a lo que hemos hecho en Chile colectivamente, creo que tenemos todavía un camino largo que recorrer conjuntamente. Y en este caminar conjunto, creo que el sistema universitario tiene un tremendo paso que dar. ¿Y si lo hacemos? Creo entonces que el sistema universitario va a seguir siendo lo que siempre ha sido: un sistema que está al servicio de la sociedad en la cual está enclavado y a la cual sirve. Que se alimenta y retroalimenta de esa sociedad, pero también se alimenta y retroalimenta de los problemas de esa sociedad. Problemas como tener economías de mercado y sociedades de ciudadanos; problemas como tener una sociedad en la cual exista carencia a los temores básicos y cómo tener una sociedad que se inserta en un mundo que tiene reglas para todos. Es allí donde me parece que tenemos todavía que dar un gran salto, y para ese gran salto



volvemos nuestra mirada a la institución por excelencia que nos hemos creado, que es nuestro sistema universitario. Y aquí, estas dos universidades, que han sido paradigmáticas en el desarrollo en Córdoba y en Argentina del sistema universitario. Aquí, donde en 1918 salió un grito que conmovió al sistema de reforma de nuestras universidades en toda América Latina; aquí también hay un grito de cómo nos enfrentamos en un mundo global que no tiene reglas, pero que podemos competir y participar adecuadamente de esa globalización justa, con rostro humano; si no, la globalización será injusta y sin rostro humano. Y sabemos que, en último término, la razón de nuestros desvelos es el ser humano, y para ese ser humano que creemos va a vivir en este siglo XXI, contribuyamos con nuestras ideas para hacerlo mejor.

Muchas gracias. 